

antes de los tiempos históricos, hizo de Godesberg un volcán; el emperador Juliano, en 392, hizo de él un campo; el arzobispo Teodorico, en 1210, un castillo; el elector Federico, en 1375, una fortaleza; el elector de Baviera, en 1593, una ruina, y el último elector de Colonia, Maximiliano Francisco, ha hecho de él un viñedo.

Los antiguos castillos de las orillas del Rin, términos colosales colocados por el feudalismo en su río, llenan el paisaje de ideas quiméricas. Mudos testigos de los tiempos pasados asistieron á las acciones, sirvieron de marco á las escenas y escucharon sus palabras. Ellos están allí como los bastidores eternos del sombrío drama que, desde hace diez siglos, se ejecuta en el Rin. Ellos vieron, por lo menos los más viejos, entrar y salir, en medio de las peripecias providenciales, todos esos actores tan altos, tan extraños y tan formidables: Pipino, que daba ciudades al Papa; Carlo-Magno, vestido con una camisa de lana y una chaqueta de nútria, apoyándose en el viejo diácono Pedro de Pisa y acariciando con su fuerte mano al elefante Abulabaz; Oton el Leon sacudiendo su melena rubia; el margrave de Italia, Azzo, llevando la bandera adornada de ángeles, victoriosa en la batalla de Merseburgo; Enrique el Cojo; Conrado el Viejo y Conrado el Joven; Enrique el Negro, que impuso á Roma cuatro Papas alemanes; Rodolfo de Sajonia, llevando sobre su corona el exámetro papal: *Petra dedit Petro, Petrus diadema Rudolpho*; Godofredo de Bouillon, que hundía la pica del pendon real en el vientre de los enemigos del imperio; Enrique V, que escalaba á caballo los peldaños de mármol de San Pedro de Roma. No hay una gran figura de la historia de Alemania cuyo perfil no se haya dibujado en sus venerables piedras: el viejo duque Welf, Alberto l' Ours; San Bernardo; Barbaroja, que se equivocaba de mano sosteniendo el estribo al Papa; el arzobispo de Colonia, Rainald, que arrancaba las franjas del carroccio de Milán; Ricardo Corazon de Leon; Guillermo de Holanda y Federico II, el agradable emperador de rostro griego, amigo de los poetas como Augusto, amigo de los califas como Carlo-Magno, estudiando en su ensayo-reloj, en el que un sol de oro y una luna de plata marcaban las estaciones y las horas. Ellos contemplaron en su rápida aparición al monje Christian predicando el Evangelio á los aldeanos de Prusia; á

Herman Salza, primer gran maestro de la orden Teutónica, detestable arquitecto de ciudad; á Ottocar, rey de Bohemia; á Federico de Baden y Coradino de Suavia, decapitados á los diez y seis años; á Luis V, landgrave de Thuringe y marido de Santa Isabel; á Federico el Mordido, que llevaba en su mejilla impresa la marca de la desesperacion de su madre, y á Rodolfo de Hapsbourg, que se recomendaba él mismo su jubon gris. Ellos resonaron á los gritos de *Gloria á Dios! gloria al mundo!* que formaban la divisa de Eberhard, conde de Wurtemberg. Ellos han albergado á Segismundo, ese emperador cuya justicia pesaba bien y heria mal; á Luis V, el último emperador que fué excomulgado, y á Federico III, el último que fué coronado en Roma. Ellos escucharon al Petrarca reprehender á Carlos IV por no haber permanecido en Roma más que un día y gritarle: *¿Qué dirian vuestros abuelos los Césares si os encontrasen á estas horas en los Alpes, con la cabeza baja y la espalda vuelta á Italia?* Ellos vieron pasar, humillados y furiosos, al Aquiles aleman, Alberto de Brandeburgo, despues de la leccion recibida en Nuremberg, y al Aquiles borgoñon, Carlos el Temerario, despues de los cincuenta y seis asaltos de Neuss. Ellos vieron pasar, altaneros y soberbios en sus mulas y en sus literas, costeando el Rin en largas filas, á los obispos occidentales yendo en 1415 al Concilio de Constanza para juzgar á Juan Huss; en 1431 al Concilio de Basilea para deponer á Eugenio IV, y en 1519 á la Dieta de Worms para interrogar á Lutero. Ellos vieron sobrenadar, subiendo siniestramente el río de Oberwesel á Bacharach, mezclada su blonda cabellera en las olas, el cadáver limpio y chorreando agua de San Werner, pobre niño martirizado por los judíos y arrojado al Rin en 1287. Ellos vieron traer de Viena á Brujas en un ataúd de terciopelo, bajo un paño mortuorio de oro, á María de Borgoña, muerta de una caída de caballo en la caza de la garza real. La horda horrible de los magyares, el rumor confuso de los mongoles detenidos por Enrique el Piadoso en el siglo trece; el grito de los hussitas, que querian reducir á cinco todas las ciudades de la tierra; las amenazas de Procopio el Grande y de Procopio el Pequeño; el ruido tumultuoso de los turcos subiendo el Danubio despues de la toma de Constantinopla; la jaula de hierro en la que la venganza de los reyes paseó á Juan

de Leyde encadenado entre su canceller Krechtin y su verdugo Knipperdolling; el joven Carlos V haciendo chispear en estrellas de diamantes sobre su broquel la palabra *nondum*; Wallenstein servido por sesenta pajes hidalgos; Tilly en traje de satén verde en su caballejo gris; Gustavo Adolfo atravesando el bosque de Turingia; la cólera de Luis XIV, la cólera de Federico II, la cólera de Napoleon, todas esas cosas terribles que unas tras otras conmovieron ó espantaron á Europa, han herido como relámpagos esas viejas murallas. Esas gloriosas moradas recibieron el revés de los suizos destruyendo la antigua caballería de Sempach, y el del gran Condé destruyendo la antigua infantería en Rocroy. Ellos oyeron crugir las escalas, chillar la pez hirviente y rugir los cañones. Los lansquenets, los lanceros, los bruscos actos de usurpacion de Sickingen, el gran caballero, los asaltos inteligentes de Burtenbach, el gran capitán, ellos lo han visto todo, lo han menospreciado todo, lo han sufrido todo. Hoy, melancólicos, cuando de noche la luna reviste su espectro de un sudario blanco, más melancólicos aun en pleno sol, llenos de gloria, de fama, de nada y de fastidio, roídos por el tiempo, minados por los hombres, esparciendo en los viñedos de la cuesta una sombra que vá disminuyendo de año en año, dejan caer el pasado piedra á piedra en el Rin y fecha á fecha en el olvido.

Oh nobles castillejos! ¡oh pobres viejos gigantes paralíticos! ¡oh caballeros avergonzados! Un vapor ocupado por comerciantes y burgueses os arroja al pasar su humareda á la cara.

CARTA XXVI.

Worms.—Mannheim.

La noche se avecina.—Disertacion profunda y altamente filosófica sobre los apelativos sonoros.—El viajero cree ser un momento Micromegas bajándose y buscando una ciudad en tierra entre la yerba.—De qué sirve haber sido una gran cosa?—Las catorce iglesias de Worms.—El pobre diablo y el mote-ton insolente.—Diálogos.—Un monosílabo acompañado de su comentario.—En qué caso un posadero es majestuoso.—Oh desigual naturaleza!—El viajero tiene miedo á las hadas y á los aparecidos.—Se decide por dirigir vulgares adulaciones á la luna.—Un espectro.—A qué género de ejercicio se entregaba este espectro.—Otro monosílabo acompañado de otro comentario.—En que el lector aprende en qué sitios se colocan los números antiguos de un viejo periódico.—El espectro se vuelve cada vez más amable y cariñoso.—Entrada en Worms.—Por desgracia el viajero conocia tan bien el Worms antiguo que ya no reconoce el Worms actual.—Lo que se expone uno á ver cuando mira por el agujero de las cerraduras.—San Ruprecht.—Melancolía á propósito de un joven

tonelero.—La posada del *Faisan* (que es quizá la posada del *Cisne*, á menos que no sea la posada del *Pavo real*. Lector, desconfía del autor en este punto).—En qué se ocupaban dos hombres en el comedor y qué es lo que hacia un tercero.—Elocuencia de un tonto.—El viajero continúa describiendo la posada.—El dormitorio.—El cuadro de la cabecera de la cama.—Dos amantes escapándose á través de una espantosa ortografía.—El autor se pasea en Worms.—Alocucion á los parisienses.—La agonía de una ciudad.—Lo que Persio y Horacio han dicho de la Pequeña-Provenza que hay en las Tullerías.—Consejos indirectos á los jóvenes bobalicones que echan á perder los trajes de los hombres en Francia en la actualidad.—La catedral de Worms.—El exterior.—El interior.—El templo luterano.—Mannheim.—El único mérito de Mannheim.—Por qué gentes Mannheim seria admirado.—Todavía la figura de retórica que Dios prodiga.—Interesante inscripcion recogida en Mannheim.

Orillas del Neckar, Octubre.

La noche se acercaba. No sé qué displicencia que embarga el alma á la desaparicion del día se esparcia por todo el horizonte alrededor de nosotros. ¿Quién está triste á estas horas? ¿es la naturaleza? somos nosotros mismos? Una gasa blanca subia de las profundidades de ese inmenso valle de los Vosgos; los cañaverales del río zumbaban lúgubrementes; el *dampschiff* golpeaba el agua como un perrazo fatigado; todos los viajeros, cansados ó adormecidos, habian bajado á la cámara, obstruida de paquetes, sacos de noche, mesas en desorden y gentes dormidas; el puente estaba desierto; tres estudiantes alemanes habian quedado en él solos, inmóviles, silenciosos, fumando, sin hacer un gesto y sin decir una palabra, sus pipas de porcelana pintada; tres estatuas; yo hacia la cuarta y miraba vagamente el espacio. Yo me decia: "Nada distingo en el horizonte. No estaremos en Worms hasta que llegue la noche." Es extraño. Yo no creia que Worms distase tanto de Maguncia. De pronto el *dampschiff* se detuvo. "Vaya, me dije, el agua está muy baja en esta llanura; el álveo del Rin está obstruido de bancos de arena; hemos encallado."

El patron del buque salia de su camarote.—Y bien, capitán, le dije—porque tú sabes que hoy se le dá á todo un nombre sonoro; todo cómico se llama artista, todo cantante *virtuoso*; un patron se llama capitán,—y bien, capitán, hé aqui un contratiempo. Por de pronto no llegamos antes de las doce de la noche.—El patron me miró con sus grandes ojos azules de tonto estupefacto y me dijo:—Habeis llegado.—Yo le miré á mi vez no menos estupefacto que él. En aquel momento debimos hacer admirablemente las dos figuras del asombro francés y del asombro aleman.

—Llegado, capitán?

—Sí, llegado.
—Dónde?
—Pues á Worms!

Yo exclamo, y paseo la mirada por mi alrededor: A Worms! ¿Soñaba despierto? ¿Era el gigante de alguna vision crepuscular? ¿El patron se burlaba del viajero? El germano se mofaba del galo? A Worms! ¿Pues dónde estaba ese alto y magnífico cinturón de murallas, flanqueadas de torres cuadradas, que llegaba hasta la orilla del río á tomar atrevidamente el Rhin por foso? Yo no veía más que una inmensa llanura, cuyo fondo me ocultaban las grandes brumas, pálidas cortinas de álamos, un ribazo que apenas se distinguía, tan confundido estaba con los cañaverales, y sobre la misma ribera, casi encima de nosotros, un prado cubierto de menuda yerba, donde algunas mujeres extendían su ropa blanca para hacerla blanquear al rocío.

Entre tanto el patron, con el brazo extendido entre el palo mayor y la proa, me señalaba una á manera de casa nueva, cuadrada, enlucida, con contraventanas verdes, muy fea, especie de basto enlosado blanquecino, que no habia apercibido de pronto.

—Caballero, hé ahí Worms.

—Worms! repliqué; Worms eso! ¿esa casa blanca! Eso á lo más será una posada.

—En efecto, es una posada. En ella estareis con toda comodidad.

—Pero la ciudad?

—Ah! la ciudad! ¿es la ciudad lo que deseais ver?

—Sin duda.

—Perfectamente. Allá abajo, en la llanura, la encontrareis; pero es preciso andar, hay una buena tiradita. Ah! ¿conque el caballero ha venido por ver la ciudad? Por lo general, es muy raro que se llegue aquí; pero los señores viajeros se contentan con la posada. En ella se está muy bien. Ah! ¡pero el caballero quiere ver la ciudad! Eso es diferente. Respecto á mí, yo paso por aquí siempre ó muy entrada la noche ó muy de madrugada, de modo que no la he visto nunca.

¡Habeos enorgullecido de ser villa imperial! ¡de haber tenido gangraves, arzobispos-soberanos, obispos-príncipes, un pfalz, cuatro fortalezas, tres puentes sobre el Rhin, tres conventos con campanarios, catorce iglesias, treinta mil habitantes! ¡de haber sido una de las cuatro ciudades árbiteras en la formidable confederación de las cien ciudades! ¡sed, para

el que se apasiona por las tradiciones fantásticas como para el que estudia y critica los hechos reales, un lugar extraño, poético y célebre tanto como ningun otro rincón de Europa! ¡tened en vuestro maravilloso pasado todo lo que el pasado puede contener, la fábula y la historia, esos dos árboles más parecidos de lo que se cree, cuyas raíces y ramas están alguna vez tan inextricablemente mezclados en la memoria de los hombres! ¡sed la ciudad que ha visto vencer á César, pasar á Atila, desvariar á Brunehaut, casar á Carlo-Magno! ¡sed la ciudad que ha visto en el jardín de las Rosas el combate de Sigefroi el Cornudo y del dragon, y delante la fachada de su catedral esa contestación de Chrimhilde, de donde ha salido una epopeya, y en los bancos de la Dieta esa contestación de Lutero, de donde ha salido una religion! ¡sed la Vormatia de los vangiones, el Bormitomagus de Druso, el Wonnegau de los poetas, la residencia de los héroes en los Niebelungen, la capital de los reyes francos, el tribunal de los emperadores! ¡sed Worms, en una palabra, para que un rústico ébrio de tabaco, que no sabe siquiera si es vangion ó nemete, diga hablando de vos: *Ah! Worms! ¡ese pueblo está allá abajo! yo no le he visto nunca!*

Sí, amigo mio, Worms es todo eso. Una ciudad ilustre, como ves. Residencia imperial y real, treinta mil habitantes, catorce iglesias, cuyos nombres, hoy completamente olvidados, y los cito por esta razon, son los siguientes:

El Munster.
Santa Cecilia.
San Vesvin.
San Andrés.
San Mang.
San Johann.
Nuestra Señora.
San Pablo.
San Ruprecht.
Predicadores.
San Lamprecht.
San Sixto.
San Martin.
San Amando.

Mientras tanto hice que me bajasen á tierra, con gran sorpresa de mis compañeros de viaje, á los que les causaba extrañeza mi capricho. El dampschiff volvió á emprender su camino á Mannheim, dejándome solo con mi equipaje en una barca estrecha que sacudia violentamente el remolino del río, agitado por las ruedas de la máquina. Abordé el desembarcadero, sin fijarme gran cosa en

dos hombres que estaban allí en pié, mientras que la barca se aproximaba y el buque de vapor se alejaba. Uno de esos hombres, especie de Hércules moletudo, con las mangas remangadas y el aire más insolente que puede imaginarse, apoyaba los codos fumando su pipa en un carrito de manos bastante grande. El otro, flaco y ruin, se apoyaba, sin pipa y sin insolencia, en un pequeño carretón de una sola rueda, el más humilde y más lastimoso del mundo. Era uno de esos rostros pálidos y abatidos que no tienen edad, y que dejan dudar al espíritu entre si el que vemos es un adolescente tardío ó un viejo precoz.

Como acababa de saltar á tierra y me distraje mirando al pobre diablo del carretón, no me apercibí de que un saco de noche, dejado sobre la yerba á mis piés por el batelero, habia de pronto desaparecido. Un ruido de ruedas en movimiento me hizo volver la cabeza; era mi saco de noche que se iba en el carrito de manos gallardamente arrastrado por el hombre de la pipa. El otro me miraba tristemente, sin dar un paso, sin arriesgar un gesto, sin decir una palabra, con un aire de oprimido que se resigna, pero que para mí era de todo punto ininteligible. Corrí detrás de mi saco de noche.

—Eh, amigo! grité al hombre, ¿dónde vais con eso?

El ruido de su carrito, el humo de su pipa y quizá tambien la conciencia de su importancia le impedian oírme. Llegué sofocado junto á él y volví á dirigirle la misma pregunta.

—Dónde vamos? dijo en francés y sin detenerse.

—Sí, repliqué.

—Canastos! exclamó, allá!

Y me indicó con un movimiento de cabeza la casa blanca, que no estaba más que á un tiro de piedra.

—Eh! qué es eso? le dije.

—Eh! eso es el hotel.

—Es que yo no voy ahí

El se detuvo en el acto. Me miró, como el patron del dampschiff, atónito y asombrado; despues de un momento de silencio añadió con esa fatuidad propia de los hosteleros, que, al reconocer que están solos en un lugar desierto, se permiten el lujo de ser insolentes porque se creen indispensables.

—El caballero se acuesta en el campo?

No creí que debia alterarme.

—No, le dije; voy á la ciudad.

—A qué ciudad?

—A Worms.

—Cómo! A Worms?

—A Worms.

—Worms?

—Worms!

—Ah! replicó el hombre.

Qué de cosas puede encerrar un ¡ah! Jamás olvidaré éste. Habia en él sorpresa, cólera, desprecio, indignación, chacota, ironía, piedad, una pena profunda y legítima de mis thalers y de mis silbergrossen, y por complemento un cierto matiz de odio. Ese ¡ah! queria decir: ¿Qué vá este hombre á hacer allí? ¿Con qué saco de noche me he extraviado yo? ¡Esto vá á Worms! ¿Qué es lo que vá á hacer en Worms? Algun intrigante! ¡algun quebrado que se oculta! ¡Tomaos el trabajo de construir una posada en las orillas del Rhin para semejantes viajeros! Este hombre me defrauda! ¡Ir á Worms es una estupidez! ¡Positivamente hubiese hecho en mi casa diez francos de gasto! Me los debe! Es un ladron! ¿Y está bien seguro de que tiene derecho para ir á otra parte? Vamos, esto es abominable! ¡Y decir que yo me he encargado de llevarle sus efectos! Un mal saco de noche! ¡Vaya una estampa de viajero que no tiene más que un saco de noche! ¿Qué andrajos llevará ahí dentro? ¿Tendrá solo una camisa? No hay duda, este francés no tiene un cuarto. ¡Se habrá ido probablemente sin pagar. ¡Vaya unos sugetos que uno se encuentra! ¡A lo que está expuesto un hombre! Lo que debia haber hecho es entregarlo á la policia. Pero ¡bah! hay que tenerle compasión. Que vaya donde quiera. A Worms, al diablo! Yo hago perfectamente con dejarlo aquí plantado en medio del camino con su saco de noche.

Oh, amigo mio! ¿has notado como hay grandes discursos que están vacíos y monosílabos que están llenos?

Todo eso dijo con ese ¡ah! cogió mi saco de noche y lo echó en tierra.

Despues se alejó majestuosamente con su carrito. Yo me creí en el deber de hacer alguna demostración.

—Eh! le dije; así os vais? ¿me dejais aquí con mi saco de noche? Diablo! Tomaos al menos el trabajo de volverlo á llevar donde le cogisteis.

El continuó alejándose.

—Eh! palurdo! le grité.

Pero él no entendia ya el francés; siguió su camino silbando.

Era preciso tomar una determinación. Hubiera podido correr detrás de él, incomodarme, encolerizarme; ¿pero qué otra cosa hacer con un ganso que acogo-

tarlo? Pero hay que decirlo todo. Al compararme con aquel hombre, dudo que al haber venido á las manos el acogotado hubiese sido él. La naturaleza, que no quiere la igualdad, no la habia querido entre ese teuton y yo. Evidentemente allí, en el crepúsculo, al aire libre, en la carretera, yo era el inferior y él el superior.

¡Oh ley soberana del puñetazo, ante la cual todos los transeuntes son perfectamente desiguales! *Dura lex, sed lex!*

Me resigné, pues.

Recogí mi saco de noche y me lo puse debajo del brazo; despues me orienté. La noche habia entrado de lleno, el horizonte estaba negro, y alrededor de mí no se distinguía más que la masa blanquecina y vaga de la casa, á la cual él me habia obligado á volver la espalda. Oía solamente el ruido vagaroso y dulce del Rhin que salía de entre los cañaverales.

—*Encontrareis Worms allá abajo*, habia dicho el capitán del buque, señalándome el fondo de la llanura. *Allá abajo!* Nada más. Dónde ir con ese *allá abajo?* ¿Estaba á dos pasos? Estaba á dos leguas? Worms, la ciudad de las leyendas, que habia venido á ver de tan lejos, comenzaba á hacerme el efecto de una de esas ciudades mágicas que retroceden á medida que el viajero avanza.

Y volvieron á ofrecerse á mi imaginación aquellas terribles é irónicas palabras del hombre del carrito: *¿El caballero se quiere acostar en el campo?* Y me parecia oír los géneos familiares del Rhin, los duendes y los gnomos repetírmelas al oído con risas burlonas. Era precisamente la hora en que ellos salen, mezclados con los silfos, las brujas, los hechiceros y las almas en pena, y van á esas danzas misteriosas que dejan grandes huellas circulares en los prados pisoteados, huellas que las vacas, á la mañana del día siguiente, ven con ojos asombrados.

La luna iba á aparecer.

Qué hacer? asistir á esas danzas? esto seria curioso. Pero ¿acostarme en los campos! esto es duro. Volver atrás? ¿pedir hospitalidad en esa posada que miré con desden? ¿afrentar un nuevo *¡ah!* del rústico del carrito de manos? ¿quién sabe! ¿echarme quizás la puerta en las narices y oír detrás de mí, alrededor de mí, en los cañaverales, entre las nieblas, en los follajes agitados de los álamos, redoblar las carcajadas de los gnomos con el ojo de carbunco y de los duendes con las caras verdes?

Ser así humillado ante las hadas! ¡hacer sonreír con sonrisa de piedad burlona el dulce y luminoso rostro de Titania! Jamás.

Antes acostarme al raso! ¡antes andar toda la noche!

Despues de haber celebrado consejo conmigo mismo, me decidí á volver otra vez al desembarcadero. Allí encontraría sin duda algun sendero que me conduciría á Worms.

La luna asomaba.

Yo le dirigí una invocación mental, en la que hice una abominable mezcla de todos los poetas que han hablado de la luna, desde Virgilio hasta Lemierre. Yo la llamé *pálida mensajera y reina de la noche*, y la rogué que me iluminase un poco, declarándole desvergonzadamente que sentía que *Diana fuese la hermana de Apolo*, y creyendo de este modo, siguiendo el rito clásico, que se me mostraria favorable, eché audazmente á andar, con mi saco de noche debajo del brazo, en dirección al Rhin.

Apenas habia dado algunos pasos, sumido en profunda abstracción, cuando un ligero ruido me hizo volver á la realidad. Levanté la cabeza. Motivo hay para invocar á los dioses. La luna me permitió ver. Gracias á un rayo horizontal que comenzaba á platear la punta de las avenas, distinguí perfectamente delante de mí, á algunos pasos, al lado de un viejo sauce, cuyo tronco arrugado hacia una horrible mueca, distinguí, digo, una figura descolorida y lívida, un espectro que me miraba con aire azorado.

Ese espectro empujaba un carrito de una sola rueda.

—Ah! exclamé; esto es una aparición.

Despues mis ojos se fijaron en el carrito y un segundo movimiento sucedió al primero.

—Calla! dije; si es un mozo de cordel!

Lo que veía no era un fantasma, ni un mozo de cordel; era sencillamente el segundo testigo de mi desembarco en esta ribera, hasta aquí poco hospitalaria; el hombre del rostro pálido.

El mismo, al apercibirme, dió un paso atrás y pareció tranquilizarse algun tanto. Yo me creí en el caso de tomar la palabra.

—Amigo mío, le dije, este encuentro estaba evidentemente previsto de tiempo inmemorial. Yo llevo un saco de noche, que en este momento me parece que vá demasiado lleno, y vos llevais un carrito completamente vacío; si yo pusiese

mi saco en vuestro carrito, vámos, ¿qué diríais?

En esta orilla izquierda del Rhin todos hablan y comprenden el francés, incluso los fantasmas.

La aparición me contestó:

—Dónde va el caballero?

—Voy á Worms.

—A Worms?

—A Worms.

—¿Es que el caballero quiere bajar al *Faisan?*

—Por qué no?

—Cómo! el caballero va á Worms?

—A Worms.

—Oh! exclamó el hombre del carrito.

De buena gana evitaria aquí el paralelismo que ofrece el carácter de una combinación simétrica; pero soy historiador y no puedo negarme á hacer constar que este *¡oh!* era precisamente el reverso y lo contrario del *¡ah!* del hombre del carrito.

Este *¡oh!* expresaba el asombro mezclado de alegría, el orgullo satisfecho, el éxtasis, la ternura, el amor, la admiración legítima por mi persona y el entusiasmo sincero por mis *pennings* y mis *kreutzers*.

Este *¡oh!* queria decir:—Oh! ¡hé aquí un viajero admirable y un magnífico transeunte! Este caballero vá á Worms! Irá á parar al *Faisan!* ¿Cómo se conoce en esto que es francés! Este hidalgo se gastará por lo menos tres *thalers* en mi posada y me dará una buena propina! Es un señor generoso y sin disputa alguna un particular inteligente. ¡Vá á Worms! ¡tiene el pensamiento de ir á Worms! Sea enhorabuena. ¿Por qué son tan raros estos viajeros? Ay de mí! Conviénganos en que es una situación elegante é interesante la de ser hostelero en esta ciudad de Worms, donde hay tres posadas abiertas todos los días para un viajero que viene cada tres años. ¡Sed bien venido, ilustre extranjero, amable caballero! Cómo! venís á Worms? Viene á Worms noblemente, sencillamente, con el gorro en la cabeza, el saco de noche debajo del brazo, sin pompa, sin estrépito, sin proponerse hacer efecto, como uno que está en su casa. Esto es hermoso. ¡Qué gran nación es la nación francesa! Viva el emperador Napoleón!

Despues de este precioso monólogo encerrado en una sílaba, cogió mi saco de noche y lo colocó en su carrito, mirándome con un aire tan amable y con tan inefable sonrisa, que queria decir: ¡Un

saco de noche! ¡nada más que un saco de noche! Desde luego se vé que este recomendable señor se siente grande por sí mismo, que se considera con razón que deslumbra bastante tal como es, y que no intenta asombrar al pobre hostelero con exterioridades de opulencia, con exhibiciones de bultos, con profusión de balijas, mantas de viaje, sombrereras y fundas de paraguas, y con falaces abultadas maletas que se dejan en las posadas para responder del gasto y que no contienen frecuentemente más que virtudes y piedras, yerbas y números viejos del *Constitucional*. ¡Nada más que un saco de noche! Es algun príncipe.

Despues de esta arenga, pronunciada con una sonrisa, levantó alegremente los brazos de su carrito, al fin cargado, y se puso en marcha, diciéndome con un tono de voz dulce y acariciador:—Caballero, por aquí.

Durante el camino me habló; la dicha le habia hecho locuaz. El pobre diablo viene todos los días al desembarcadero á esperar á los viajeros. La mayor parte de las veces el buque pasa sin detenerse. Apenas si asoma algun viajero fuera del entrepuente para mirar la silueta melancólica que forman, en el espléndido horizonte que ilumina el sol poniente, los cuatro campanarios y los dos hosteleros de Worms. Alguna vez, sin embargo, el buque se detiene, la señal se hace, el batelero desata el bote y vá al *dampschiff* y vuelve con uno, dos ó tres viajeros. Hasta seis se han visto á la vez; ¡Vaya una ganga! Los recién llegados desembarcan con ese aire franco, admirado y aturdido que causa la alegría del posadero; pero ¡ay! la posada de la orilla del agua los atrapa y se los engulle inmediatamente. Quién es el que vá á Worms? Quién se acuerda de que Worms existe? Mi pobre hombre vé el carrito grande del hotel ribereño hundirse entre los árboles traqueteando y gritando al peso de las maletas y las balijas, en tanto que él, filósofo pensativo, regresa á la luz de las estrellas con su carrito vacío. Emociones como ésta le han adelgazado; pero por eso no deja de volver al día siguiente, con la conciencia del deber cumplido, á ese irónico desembarcadero, á esa estación irrisoria; á mirar correr el agua del Rhin, ver pasar los viajeros y llenarse la posada vecina. El no lucha, no se irrita, no hace guerra á nadie, no pronuncia palabra alguna; se resigna, conduce su carrito y protesta, todo lo que un carrito puede protestar contra un carro

grande. Hay en él y lleva impreso en su fisonomía, que aparece impasible á fuerza de humillaciones sufridas y de esperanzas frustradas, ese sentimiento de fuerza y de grandeza que dá al débil y al pequeño la resignación mezclada con la perseverancia. Al lado del soberbio, engreído y triunfante hostelero de la orilla del agua, que no se digna ni aun apercibirse de que él existe, tiene él, el oprimido obstinado, paciente y tenaz, esa actitud seria é inexplicable del eunuco ante el pachá, del pescador de caña en presencia del pescador de red.

Entre tanto atravesamos llanuras, praderas, campos de alfalfa, y franqueamos, con la ayuda de no sé qué informe conjunto de maderos viejos y estacas viejas, adornados de un vacilante tablero de planchas en forma de celosía, el pequeño brazo del Rhin, sobre el cual se vé todavía, hace dos siglos, el bonito puente de madera cubierto que viene á desembocar en la grande y arrogante torre cuadrada y adornada con torrecillas de florones construida por Maximiliano. La luna había despejado todas las brumas, que se iban hácia el zenit en forma de blancas nubes; el fondo del paisaje se había limpiado, y el magnífico perfil de la catedral de Worms, con sus torres y sus campanarios, sus remates, sus filetes y sus molduras, aparecía en el horizonte; inmensa masa de sombra que se destacaba lúgubramente en el cielo, lleno de constelaciones, y que parecía un gran barco de la noche que había echado el ancla en medio de las estrellas.

Pasado el pequeño brazo del Rhin nos quedaba por atravesar el gran brazo. Tomamos la izquierda, por lo que deduje que el lindo puente de piedra que desembocaba en la puerta-fortaleza cerca de Frauenbruder ya no existía. Después de algunos minutos de marcha por entre deliciosos campos de verduras llegamos á un viejo puente destrozado, probablemente construido sobre el emplazamiento del antiguo puente de madera de la puerta Saint-Mang. Salvado este puente, entreví por completo esa soberbia muralla de Worms, que erguía diez y ocho torres cuadradas tan solo por el lado que miraba al Rhin. ¡Ay de mí! Qué quedaba de todo aquello? Algunos lienzos de muralla decrepitos y agujereados de ventanas, algunos viejos pedazos de torres agobiados bajo la hiedra ó transformados en casas de vecindad, con ventanas de cortinas blancas, contraventanas verdes y cenadores con em-

parrados, en lugar de almenas y barbacanas. Un resto informe de torre redonda que se perfilaba en el extremo oriental de la muralla me pareció que era la torre Nideck; pero por más que miré, no encontré al lado de esa pobre torre Nideck ni la flecha aguda del Munster, ni el bonito campanario bajo de Santa Cecilia. Respecto á la Frauenthurm, la torre cuadrada más próxima á la torre Nideck se me antojó que la habían sustituido con un jardín de hortelano. Por lo demás, la antigua Worms estaba ya dormida: todo en ella callaba profundamente; por todas partes el silencio y ni una luz detrás de los cristales. Cerca de la senda que seguíamos á través de los campos de remolacha y de tabaco que rodean la ciudad, una vieja encorvada en la maleza buscaba yerbas al resplandor de la luna.

Entramos en la ciudad: ninguna cadena rechinó, ningún puente levadizo cayó y ningún rastrillo se levantó: entramos en la vieja ciudad feudal y militar de los gangraves y de los príncipes-obispos por un vano que fué puerta-fortaleza y que no era ya más que una brecha. Dos álamos á la derecha, un estercolero á la izquierda. Hay cortijos instalados en antiguos castillos que tienen estas entradas.

Echamos por la derecha, mi compañero silbando y empujando alegremente su carreton; yo soñando. Seguimos un rato la vieja muralla por el interior, y después nos metimos en un dédalo de callejuelas desiertas. El aspecto de la ciudad era siempre el mismo. Una tumba más bien que una ciudad. No se veía ni una vela en las ventanas, ni un transeunte en las calles.

Era cerca de las ocho de la noche.

Al fin llegamos á una plaza bastante ancha, á la cual venía á parar el trazado de lo que, á la claridad de la luna, me pareció que era una calle grande. Uno de los lados de esta plaza estaba ocupado por la ruina, ó mejor dicho, por el espectro de una vieja iglesia.

—Qué iglesia es esa? dije á mi guía, que se detuvo para tomar aliento.

El me contestó con ese expresivo movimiento de hombros que significa: *No lo sé*.

La iglesia, al revés de la ciudad, no estaba desierta ni silenciosa; salía de ella ruido, y una luz se filtraba á través de la puerta. Me dirigí á ella. ¡Qué puerta! Imagínate algunas tablas groseramente unidas las unas á las otras por traviesas informes, con clavos grandes

formando estrellas, dejando entre sí anchos espacios desiguales por bajo, desportillados por arriba, y obstruyendo, con esa especie de insolencia del villano que gozase de libertad en casa del señor, una magnífica y real fachada del siglo catorce.

Miré por las rendijas y entreví confusamente el interior de la iglesia. Las severas arquivoltas del tiempo de Carlos IV se abrían paso allí penosamente en las tinieblas, en medio de una inexplicable confusión de toneles, pipas y barricadas vacías. En el fondo, á la claridad de una vela de sebo colocada en una excrecencia de piedra que debió ser el altar mayor, se veía un tonelero, con las mangas remangadas y un mandil de cuero, que enclavijaba un tonel grande. Las duelas resonaban á los golpes del mazo con ese ruido de madera hueco y que suena de una manera tan lúgubre para el que ha oído el martillo de los enterradores resonar en un ataúd.

Qué iglesia era ésta? Por encima de la fachada se elevaba una poderosa torre cuadrada que debió tener una alta flecha. Acabábamos de dejar á la izquierda, un poco atrás, los cuatro campanarios de la catedral. Más adelante, á cierta distancia, apercibí hácia el Sudoeste un ábside, que debía ser la iglesia de los Predicadores: cierto es que no encontré á la izquierda el campanario de San Pablo encajado entre esas dos torres bajas; pero no estábamos bastante internados en la ciudad, ni muy cerca de la puerta de San Martín, que habría debido estar á la izquierda, por lo que deduje que esta iglesia debía ser San Ruprecht.

Una vez fijadas estas conjeturas y hecho este descubrimiento, volví á mirar el interior miserable de aquel venerable edificio, aquella vela luciendo en aquella sombra que habían tachonado de estrellas las lámparas imperiales de las coronaciones, aquel mandil de cuero ostentándose donde había flotado la púrpura, aquel tonelero despierto él solo en la ciudad abrumada y dormida, golpeando un barril con el martillo en el altar mayor, y todo el pasado de la ilustre iglesia se me presentaba. Las reflexiones se agolpaban en mi espíritu. Ay! Esa misma nave de San Ruprecht vió cómo hicieron con gran pompa, por la gran calle de Worms, entradas solemnes Papas y emperadores, alguna vez los dos juntos bajo el mismo dosel; el Papa á la derecha montado en su mula blanca y el emperador á la izquierda montado en su caba-

llo negro como el azabache; clarines y timbales á la cabeza, águilas y gonfalones al viento, y todos los príncipes y todos los cardenales á caballo delante del Papa y del emperador; el marqués de Montferrato llevando la espada, el duque de Urbino el cetro, el conde palatino el globo y el duque de Saboya la corona.

Ay! Lo que se vá no vuelve.

Un cuarto de hora después estaba instalado en la posada del *Faisan*, que, debo decirlo, tenía el mejor aspecto que puede desearse. Comí una excelente cena en una sala amueblada con una larga mesa y dos hombres ocupados en fumar dos pipas. Desgraciadamente el comedor estaba poco iluminado, lo que me entristeció. Al entrar en él solo se apercibía una vela envuelta en una nube. Aquellos dos hombres desprendían más humo que diez héroes.

Cuando comencé á cenar entró un tercer huésped. Este no fumaba, hablaba. Hablaba francés con acento de aventurero; escuchándole no se podía distinguir si era alemán, ó italiano, ó inglés, ó auverniano; quizás era todo esto á la vez. Era un hombre de gran aplomo y cortos alcances, y se me antojó que tenía sus pretensiones de hermosote; mucha corbata, mucho cuello de camisa; guiños á las criadas; era un hombre de cincuenta y ocho años, mal conservado.

Entabló un diálogo consigo mismo y lo sostuvo; nadie le contestaba. Los dos alemanes fumaban; yo comía.

—El caballero viene de Francia? ¡Hermoso país! Noble país! Suelo clásico! Tierra del gusto! Patria de Racine! Y sin embargo, yo no quiero á vuestro Bonaparte. El emperador perjudica al general. Soy republicano, caballero. Lo digo muy alto: vuestro Napoleón es un gran hombre falsificado; ya se convencerán de ello. En cambio las tragedias de Racine son bellas.—El pronunciaba *pellas*.—Esa es la verdadera gloria de Francia. No se aprecia en Alemania á Racine; es una tierra bárbara: á Napoleón se le quiere casi tanto como en Francia. Esos buenos alemanes están muy bien llamados los buenos alemanes. Esto se dice en tono de lástima, ¿no es verdad, caballero?

Como el fin de mi perdiz coincidía con el fin de su frase, contesté, volviéndome hácia el camarero: *Otro plato*.

Esta contestación le pareció suficiente para reanudar la conversación y continuó: